

gracia de obrar de modo que esté conforme con ella. Prepárate desde este momento para tu última hora, hácia la cual los mas jóvenes pueden ser arrebatados como los mas ancianos, si Dios les llama á sí. No llores mi muerte, querida hermana mia; ántes bien congratúlate conmigo, pues voy á pasar de la corrupcion á la incorruptibilidad, y tengo la firme esperanza de que, con la pérdida de esta vida, que no dura mas que un instante, ganaré la otra, que no tiene nunca fin, y en la que deseo ardentemente que algun dia entres allí conmigo. Con esta esperanza, ruego á Dios que te guarde en su divina gracia, para que vivas y mueras en su santo temor y perseveres sin cesar en la integridad de una vida cristiana. Adios, querida hermana, deposita toda tu confianza en Aquel que es nuestra fuerza. »

SEGUNDA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

§ I. PERFECCION MORAL.

CONCIENCIA.

La conciencia habla á todos los hombres que no se han vuelto indignos de oirla á fuerza de depravacion.

Nadie puede ser feliz sino goza de su propia estima.

Una conciencia pura es una blanda almohada, en la cual solo el hombre de bien puede descansar. (*Varios autores.*)

El contento de sí mismo es la prueba y la recompensa de la buena conducta. (B.)

Sé tan puro en tus pensamientos como en tus acciones y palabras, arreglándolos de modo que si te preguntan en qué piensas, puedas siempre dar una respuesta pronta, sincera y al mismo tiempo honorifica para tí. (*Moralistas antiguos.*)

El que tiene la conciencia tranquila halla cierto deleite en todo lo que le rodea; solo para él es bella la naturaleza. (B.)

Testimonio interior.

La misericordia divina condujo á un jóven vicioso á una sociedad de hombres de costumbres santas y puras. Sus virtudes le conmovieron y no tardó en imitarles y en perder sus antiguas costumbres, volviéndose justo, sobrio, paciente, laborioso y benéfico. Nadie podia negar sus obras, pero las atribuian á móviles odiosos, obstinándose en juzgarle por lo que habia sido ántes y no por lo que llegó á ser despues. Esta injusticia le traspasaba el corazon de dolor y le hacia derramar abundantes lágrimas en el seno de un anciano solitario. « ¡Hijo mio! le respondió este hombre venerable, da gracias á Dios porque vales mas que tu reputacion. Cuán dichoso es aquel que puede decir, « mis enemigos y rivales censuran en mí vicios que « no tengo. » Siendo, como eres, bueno, ¿qué te importa que los hombres te crean malo? ¿No tienes para conso-

larte á dos esclarecidos testigos de tus acciones, Dios y tu conciencia? »

Buena conciencia y mala conciencia.

El maestro de escuela de una aldea, estaba un dia dando leccion á los niños del lugar, y éstos, sentados alrededor suyo, le escuchaban con suma atencion, porque su modo de enseñar era tan sencillo como eficaz. Hablaba en aquel momento de la buena y de la mala conciencia y de la voz secreta del corazon.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos : « ¿Cuál de entre vosotros puede hacerme una comparacion sobre este asunto¹? »

Uno de ellos se levanta y dice : « Yo podria decir una, pero no sé si es justa. »

— « Veamos cuál es, » respondió el maestro; y el niño continuó de este modo :

« Comparo la intranquilidad de la mala conciencia á lo que experimenté un dia cuando los soldados enemigos, pasando por nuestra aldea, se llevaron por fuerza á mi padre con su caballo. Toda la familia lloraba amargamente y mi madre, en medio de su dolor, me envió á la ciudad para saber noticias suyas. Fui en efecto allá, y volví á casa muy tarde y sumamente aflijido, porque no habia hallado á mi padre.

« Era una noche oscura de otoño : bramaba el viento entre las encinas, los abetos y peñascos, oyéndose á la par el chillido de los buhos y lechuzas. Abrigaba el fatal presentimiento de que habia perdido á mi padre, y se me representaba á cada momento el dolor que iba á desgarrar el corazon de mi madre al verme llegar solo y sin noticias de aquel á quien buscábamos. Esta idea me sobrecogió de un temblor mortal; hasta el movimiento de una hoja me llenaba de espanto y pensaba en mí mismo : « Hé aquí lo

1. En las escuelas de Alemania se suele pedir á los niños que hagan comparaciones sobre diferentes asuntos, para ejercitarles la inteligencia.

que debe experimentar el hombre que lleva consigo una mala conciencia. »

— ¡Niños! dijo entónces el maestro, ¿querríais andar así, en medio de las tinieblas, buscando en vano á vuestro padre, y no oyendo mas que la voz de la tempestad y los chillidos de las aves de rapiña?

— « ¡No, señor! » contestaron á un tiempo todos los niños estremecidos.

En seguida el niño narrador prosiguió de este modo : « Otra vez anduvimos el mismo camino mi hermana y yo : habíamos ido á la ciudad á comprar mil frioleras para regalarlas á mi madre en una fiesta que mi padre queria darle al dia siguiente. Regresamos ya tarde, por la noche, pero como era la primavera, estaba el cielo claro y azul, la naturaleza serena y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que apenas si se oia el murmullo del manantial que corria á lo largo del camino y el canto de los ruiseñores á lo léjos. Caminábamos juntos, mi hermana y yo, agarrados de la mano, con ánimo tan satisfecho, que no teniamos ganas de hablar; á poco trecho de nuestra casa, hallamos á nuestro padre, que salia á esperarnos.

Entónces me dije á mí mismo : « Hé aquí lo que debe experimentar el alma del hombre honrado que ha hecho siempre bien. »

Calló el muchacho, y el maestro miró amistosamente á sus discípulos, quienes exclamaron á un tiempo : « Sí, queremos ser hombres de bien. »

Felicidad que nace de una conciencia pura.

Un pescador, venerable por su edad y sus virtudes, acababa de embarcarse una noche con su hijo en una barquilla, y se metia mar adentro para tender sus redes en los cañaverales que rodeaban varias islas vecinas. El sol se sepultaba en el seno del mar, dando un aspecto de fuego al cielo y á las aguas.

« ¡Ay! ¡Qué hermoso es todo cuánto nos rodea! dijo, ad-

mirado el jóven. ¡Ved al cisne con su cria bulliciosa cómo se sumerge en el reflejo dorado del cielo! ¡Ved cómo navega, cómo traza surcos en las olas y cómo despliega sus alas! ¡Qué dulce murmullo dejan oír esos álamos que orlan la ribera! ¡Con qué gracia se inclinan ante el soplo del céfiro



esos trigos lleno de lozanía! ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡Cómo nos agrada y qué feliz nos hace!

« Si, respondió su padre, la naturaleza es la que nos proporciona los goces mas puros. Si eres hombre de bien, si las pasiones violentas ó culpables no emponzoñan tu existencia, disfrutarás de esos placeres.

« El mas precioso de todos los bienes, hijo mio, es una conciencia tranquila.

« Si hoy vivo dichoso es por haber seguido esta máxima. Sesenta veces se ha embellecido con su verde ramaje el bosque que rodea nuestras cabañas, desde que ví la luz del dia : este largo espacio ha pasado, como un hermoso dia de primavera, en apacible calma y dulce satisfaccion.

« Sin embargo, no me han faltado momentos de ansiedad.

« ¡Cuántas veces la tempestad me sorprendió cuando con mi frágil barquilla hendia las aguas del mar! Quedaba mi barca suspensa en la cima de una montaña de agua y de repente, con espantoso ruido, hundíanse las olas y yo tambien con ellas; el trueno y el rumor de la mar agitada, hacian estremecer á sus silenciosos habitantes, que se refugiaban en el fondo del abismo : en aquellos momentos, cuando los vientos soplaban enfurecidos y el agua caia á torrentes sobre mi cabeza, creia ver mi tumba en cada ola que se abria ante mí.

« Pero luego se calmaba el furor del viento, la atmósfera se serenaba y volvía á ver la imágen de los cielos en el apacible espejo del líquido elemento. El sollo de azulado lomo y ojos colorados salia de entre las yerbas marinas que le habian dado asilo, y numerosos peces saltaban en la superficie del mar donde reflejaba el sol; entónces la alegría tranquilizaba mi angustiado corazon.

« Tu cariño, hijo mio, es mi felicidad. Hasta hoy has seguido mis consejos : síguelos siempre, que serás dichoso como yo, y la naturaleza será siempre bella para tí. »

ENMIENDA.

Para hacerme digno de llegar á la verdad, debo estudiarme á mí mismo, profundizarme y vencerme. (FENELON.)

La virtud no penetra en las almas instruidas y perfeccionadas, sino ejercitándola continuamente; nacemos para ella, pero no con ella. Los hombres que nacen con las mejores disposiciones para ser virtuosos, no lo son si no adquieren los conocimientos necesarios.

No hay ligereza en confesar un error que se conoce y se aborrece; al contrario, debemos manifestar ingénuamente que nos hemos equivocado. El que insiste en semejante caso, da pruebas de un necio orgullo. (Moralistas antiguos.)

Nada cuesta confesar las culpas á los que tienen medios de repararlas.

Nadie sufre con mas docilidad una reprension que aquel que merece ser elogiado. (MADAMA DE LAMBERT.)

Mal muy grande es poseer toda clase de defectos, pero lo es mucho

mas no quererlos conocer, porque entónces se agrega á ellos el de la ilusion voluntaria. (PASCAL.)

El arrepentimiento es un vivo dolor, al que, sin embargo, se mezcla un consuelo interno, porque lamentando nuestra falta, gozamos interiormente del sentimiento que nos la hace aborrecer, y en el mero hecho de reconocernos culpables, nos hallamos mejores. Así, las lágrimas que el arrepentimiento nos hace derramar, nos alivian, y los sollozos que arranca llevan la calma al pecho que destrozan. (B.)

Exámen diario.

El célebre filósofo Pitágoras¹ prescribía á sus discípulos que todas las noches reflexionaran á solas y se preguntasen á sí mismos :

« ¿En qué he empleado el dia de hoy? ¿En dónde he estado? ¿A quién he visto? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado por hacer? »

Esta costumbre es excelente, porque todo el que desee perfeccionarse y velar por su felicidad, debe consagrar algunos momentos, ántes de entregarse al sueño ó al levantarse, á repasar en su memoria todo lo que ha hecho, dicho, oído ú observado durante el dia. Este exámen rápido ocupa el tiempo que pierden todos los hombres, y que de este modo se emplea con fruto. Aprovechemos, pues, este momento que parece señalado por la naturaleza, y de que la misma vida social nos permite disponer libremente, para recordar todo lo que hemos visto, notado ó aprendido, todo lo que hemos podido decir atinada ó imprudentemente, con utilidad ó sin ella, con provecho ó con perjuicio del cuerpo, del ánimo ó del alma. Así podemos darnos cuenta exacta é imparcial de cómo hemos empleado nuestros instantes en las veinte y cuatro horas precedentes, haciendo esta pregunta á cada dia trascurrido : « ¿En qué has contribuido á mi perfeccion física, moral, intelectual y á mi dicha? »

¹ Nació en Samos (Grecia) y murió en Italia hácia el año 489 ántes de Jesucristo.

Asíduos y valerosos esfuerzos.

Un jóven concibió la generosa resolucion de corregirse de sus defectos y de entrar en la senda de la cordura. Pero, al examinar rigurosamente su conciencia, se halló tan débil para el bien, tan acostumbrado al mal y tan lleno de imperfecciones y de vicios, que desmayó considerando su conversion como una obra tan difícil como imposible y sin saber por donde empezar. Un buen anciano á quien descubrió el estado de su alma, le consoló y animó contándole esta parábola :

« Un hombre envió á su hijo al campo para que desmontase una tierra cubierta de espinas y abrojos, pero el muchacho, viendo cuán largo y penoso era este trabajo, desesperó de poderle llevar á cabo, y en vez de poner manos á la obra, tendióse á la sombra de un árbol y se durmió; de este modo no hizo nada aquel dia ni los siguientes.

« Fué el padre á ver en qué estado se hallaba el trabajo de su hijo y halló al jóven desalentado por la duracion de la obra y sin haberla siquiera empezado. El buen hombre, en vez de irritarse por la conducta de su hijo, le dice con dulzura : « Solo te pido que desmontes, durante tu jornada, este rincón de campo ; » y al mismo tiempo le enseñó un pedazo de tierra que era poco mas ó ménos la décima parte del todo. « Si no es mas que eso, contestó el « hijo, es cosa fácil y voy á hacerlo al momento. » En efecto, empezó al punto su tarea y la concluyó ántes de anoecer. Pues bien, hijo mio, volvió á decirle el padre, haz otro tanto cada dia y verás qué corta y fácil es esta obra que te parecia inmensa. » Dócil el jóven á este consejo, dividió él mismo la tierra en diez partes iguales : al cabo de diez dias terminó su tarea y aquel campo, que ántes estaba erizado de abrojos, es hoy dia un jardín cubierto de flores y frutos.

« Así es como debeis proceder para corregir vuestros defectos, añadió aquel sabio anciano. Empezad luchando

contra la pasión que mas os domina, procurad ir venciendo sucesivamente las otras y restablecereis la tranquilidad en vuestro ánimo. »

Extirpacion de los vicios desde su nacimiento.

Preguntado por sus discípulos un sabio del Oriente, sobre el modo de combatir las pasiones, hé aquí cómo les contestó :

« Estaba en aquel momento en un sitio plantado de árboles y mandó á uno de sus discípulos que arrancara un arbolillo que le enseñó : el discípulo le desarraigó al punto, con una sola mano, sin el menor esfuerzo. Enseñóle luego otro algo mayor, que arrancó igualmente el jóven, pero no tan fácilmente, y con ayuda de ámbas manos. Para arrancar un tercero que era mucho mas fuerte, fué preciso que le ayudase uno de sus compañeros y no lo consiguieron sino á costa de grandes esfuerzos. En fin, el sabio les señaló con el dedo otro que era mucho mas robusto y que no pudieron desarraigar todos ellos juntos, á pesar de los esfuerzos que hicieron. « ¡ Hijos! les dijo entónces el sabio, así sucede con nuestras pasiones : al principio, cuando no estan aun arraigadas, es fácil arrancarlas, por poco trabajo que nos tomemos para corregirlas; pero cuando una larga costumbre las ha dejado echar hondas raices en nuestro corazon, es casi imposible extirparlas. »

Medio para hacer progresos en la virtud.

« En mi juventud, dice Franklin¹, concebí el difícil proyecto de alcanzar la perfeccion moral. Deseaba preservarme de todas las faltas á que pudieran inducirme una inclinacion natural, la costumbre ó la sociedad, y ensayé con este

1. Benjamin Franklin (1706-1788) nació en Boston, en América, de una familia pobre. Simple cajista en una imprenta, adquirió luego despues muchas riquezas y celebridad con su trabajo, y fué uno de los que mas contribuyeron á la emancipacion de las colonias inglesas. La ciencia debe á Franklin preciosos descubrimientos sobre la electricidad y la invencion de los para-rayos.

fin la práctica siguiente : reuní bajo el nombre de virtudes todo cuanto se me presentó como necesario ó deseado.



Franklin.

ble, poniendo á cada nombre un corto precepto que expresaba la extension que daba yo á su significado.

Hé aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos :

1. *Templanza.* — No comais hasta el punto de empacharos, ni bebais hasta trastornaros.
2. *Silencio.* — No digais mas que lo que pueda servir á los demas y á vosotros mismos, y evitad las conversaciones superfluas.
3. *Orden.* — Poned en vuestra casa cada cosa en su lugar y haced los negocios á su tiempo.

4. *Resolucion.* — Tomad la de hacer lo que debeis, y no dejéis de hacer lo que hayais resuelto.

5. *Economia.* — No hagáis gastos mas que en provecho ageno ó en el vuestro propio, es decir, no malgastéis ni disipéis.

6. *Trabajo.* — No perdáis el tiempo, ocupaos siempre en algo útil y absteneos de toda accion que no sea necesaria.

7. *Sinceridad.* — No andéis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensáis.

8. *Justicia.* — No perjudiquéis nunca á nadie, sea haciéndole daño ó descuidando de hacerle el bien que estais obligados á hacerle.

9. *Moderacion.* — Evitad los extremos. Guardaos bien de resentiros de los agravios tan vivamente como parecen merecerlo.

10. *Limpieza.* — No tolereis ningun desaseo en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.

11. *Tranquilidad.* — No os incomodeis por bagatelas, ni por lances ordinarios ó inevitables.

12. *Humildad.* — Imitad á Jesús.

« Como mi objeto era el de contraer la costumbre de todas estas virtudes, resolví dedicarme particularmente á una de ellas durante una semana, sin descuidar por eso las demás.

« Para lograrlo, hice una libreta de doce páginas, cada una de las cuales llevaba al frente el nombre de estas virtudes, y las marqué con tinta encarnada, dividiéndolas en siete columnas, una para cada día de la semana, señalando los días; tracé luego doce líneas trasversales escribiendo al principio de cada una, en abreviatura, el nombre de una de las doce virtudes; en esta línea y en la columna del día, marcaba con un tilde todas las faltas que, en mi exámen de conciencia, reconocia haber cometido.

« De este modo podia hacer un curso completo en doce semanas y empezarlo de nuevo cuatro veces al año. Asi

como un hombre que, queriendo limpiar un jardin, no trata de arrancar de una vez todas las malas yerbas, lo cual seria superior á sus fuerzas, sino que empieza por uno de sus acirates y no pasa á otro hasta que lo deja limpio, así tambien esperaba yo disfrutar del lisonjero placer de ver grabados en mis páginas los progresos que iba haciendo en la virtud, gracias á la disminucion sucesiva del número de faltas, hasta que por fin, al cabo de haber vuelto á empezar muchas veces tuviese la dicha de ver ilesa mi libreta, despues de un exámen diario durante doce semanas.

« Me puse, pues, á ejecutar este plan, y quedé asombrado al hallarme lleno de mas defectos de lo que creia; pero tuve la satisfaccion de ver cómo iban disminuyendo.

« Acaso sea útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados debió á este medio y á la gracia de Dios la felicidad de toda su vida, hasta la edad de setenta años, época en que escribió estas páginas. »

Confesion de una falta y enmienda de ella.

El célebre jurisconsulto Dumoulin era no ménos notable por su ciencia que por su carácter y talento.

Abogó algunas veces ántes de llegar á tener la fama que alcanzó con sus obras, pero su voz era tan áspera y su elocucion tan difícil, que el presidente del tribunal ante el cual hablaba, le dijo un día, impacientado ya de oírle: « Callad, que sois un ignorante. »

El colegio de abogados se lastimó vivamente con esta injuria hecha á uno de sus individuos y decidió que el rector fuera con una diputacion á exponer sus quejas al primer presidente. Cuando entró esta diputacion en el gabinete del magistrado, le dijo á éste el rector del colegio, con la ruda franqueza de aquel tiempo: « Habeis injuriado á un hombre mas sabio que vos. — Es verdad, contestó al punto el primer presidente, que siendo muy leal para negar su falta, deseaba repararla; yo no conocia todo el mérito del señor Dumoulin; soy culpable, lo reconozco. »

Reconocimiento de un defecto y correccion de él.

Alfonso IV, rey de Portugal, se entregaba con excesivo ardor al placer de la caza, y sus favoritos fomentaban su gusto dominante. Así perdía en ejercicios inútiles un tiempo precioso que hubiera debido consagrar á los negocios del Estado.

Un día que su presencia era indispensable en Lisboa, entró en la sala del consejo con la impetuosidad de un joven cazador y se puso á referir alegremente los varios incidentes de sus últimas cacerías á los cortesanos reunidos en torno suyo. Cuando acabó de hablar, un respetable anciano consejero, le dijo : « Señor, permitid que os hable con franqueza :

« Cuando un súbdito cualquiera se ocupa en sus placeres en vez de pensar en sus negocios, solo perjudica sus propios intereses; pero cuando un rey abandona el cuidado de la cosa pública para correr exclusivamente en pos de vanos placeres, causa entónces la ruina de todo un pueblo. No nos hemos juntado aquí para oír proezas de cazador. Os rogamos que en adelante consagreis la mayor parte de vuestro tiempo al cumplimiento de los deberes que Dios os ha impuesto, pues la caza y demas diversiones no tienen defecto mas que á vuestros momentos perdidos. » Al oír unas palabras tan atrevidas, se puso Alfonso pálido de cólera, pero dominando al punto este primer movimiento, y haciendo un generoso esfuerzo sobre sí mismo, reconoció la cordura de las reconvenções del anciano consejero.

« Razon teneis, contestó el rey, y os agradezco vuestras sábias advertencias. Acordaos que desde hoy, no soy ya Alfonso el cazador, sino Alfonso, rey de Portugal. » Cumplió, en efecto, su palabra el príncipe y fué uno de los soberanos mas activos de su siglo.

Reparacion honorífica.

La víspera de una batalla los soldados alemanes al servicio de Enrique IV, obligaron á su coronel á que fuese á pedir al rey el sueldo que se les debía. El soberano respondió : « ¡Cómo, coronel! ¿Es digno de un hombre de honor venir á pedir dinero cuando se han de recibir órdenes para pelear? » El coronel se retiró sumamente avergonzado y se encerró en su tienda para devorar en silencio esta bochornosa reconvenção. Al día siguiente, al ir á empeñar el combate, acordándose Enrique de la durísima contestacion que dió al pundonoroso coronel, fué á verle y le dijo : « ¡Coronel! la batalla va empezar y quizá sucumba yo en ella. No es justo que me lleve conmigo el honor de un valiente soldado como vos : por tanto declaro que os conozco por un hombre de bien é incapaz de una cobardía. » Diciendo esto le abrazó con efusion. — « ¡Ah, señor! respondió el coronel derramando lágrimas; al devolverme el honor que me habiais arrebatado, me quitais la vida, pues me consideraria indigno de ella si no la sacrificase hoy en vuestro servicio. » El valiente coronel se cubrió de gloria en aquella batalla, muriendo en ella con las armas en la mano.

Extravío y arrepentimento.

Feliz el que conserva siempre la inocencia! ¡Dichoso tambien el que habiéndola perdido entra en la senda de la virtud por medio del arrepentimiento!

San Juan Evangelista¹, de regreso de Pathmos², se hallaba, como anteriormente, animado de una caridad divina. Habiendo reparado en un joven cuya fisonomía candida y pura anunciaba la inocencia : « Tomad á este mozo

1. Uno de los apóstoles llamado el *Discipulo querido*; murió en 101.

2. En la costa de Asia, á donde fué

desterrado San Juan y escribió en él el *Apocalipsis*.